





PLANETA

JUVENIL

# **CRONÓMETROS PARA EL FIN DE LOS TIEMPOS**

**ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN  
COLOMBIANA**

**TOMO II**

RODRIGO BASTIDAS P. (COMP.)

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Ilustración de cubierta: © Luis Carlos Barragán

© Rodrigo Bastidas P. (comp.), 2017  
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6199-1  
ISBN 10: 958-42-6199-1

Primera impresión: agosto de 2017  
Segunda impresión: septiembre de 2019  
Tercera impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## **RODRIGO BASTIDAS P. (COMP.)**

Nació en Pasto, Nariño. Candidato a Ph.D. en Literatura de la Universidad de Los Andes. Magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia y candidato a Magíster en Literatura Latinoamericana y Española de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido docente en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad del Rosario, entre otras. Ha publicado artículos teóricos, históricos y críticos en revistas académicas de Argentina, Perú y Colombia. Sus intereses están centrados en las relaciones de la literatura latinoamericana del siglo XIX y XX, la literatura colombiana del conflicto y la teoría literaria. Actualmente trabaja en una novela de ciencia ficción (pronta a publicarse) y una investigación que tiene como objeto la ciencia ficción colombiana y latinoamericana de las últimas tres décadas.



# ÍNDICE

|   |           |
|---|-----------|
| <b>Circuitos psíquicos, ánimas maquínicas .....</b>   | <b>9</b>  |
| Todo está allí ( <i>Juan Ignacio Muñoz</i> ) .....  | 11        |
| Y de pronto las estrellas ( <i>J. J. Junieles</i> ) .....                                   | 33        |
| En el vacío no hay eco ( <i>Carlos Arturo Serrano</i> ) .....                               | 51        |
| Trees R ( <i>Gabriela Arciniegas</i> ) .....  | 65        |
| Etemenanki ( <i>Camilo Ortega (Hank T. Cohen)</i> ).....                                    | 77        |
| <b>Dispositivos nomológicos de eternidad.....</b>   | <b>87</b> |
| Tempo ( <i>Linda Castro Alfonso</i> ) .....   | 89        |
| El artista electrónico, una tecnofábula<br>con moraleja ( <i>Daniel Monje Abril</i> ) ..... | 99        |
| Los huesos de Darwin ( <i>Miguel Ángel Manrique</i> ).....                                  | 127       |

|  |     |
|--|-----|
| Navegación en los sueños: un estudio<br>interdisciplinario ( <i>Carolina Durán Negrete</i> ) ..... | 137 |
| La biblioteca al final<br>del mundo ( <i>Andrés García Londoño</i> ) .....                         | 149 |



CIRCUITOS PSÍQUICOS,  
ÁNIMAS MAQUÍNICAS



# TODO ESTÁ ALLÍ

*Juan Ignacio Muñoz*

## 1

Con flexibilidad, la torre se erigía desafiando gravedad y corrientes de aire; atravesaba nubes; soportaba cambios de atmósfera.

Era la primera vez que subiría en El Ascensor. La niña empujaba la silla de ruedas de su abuelo, mientras la fila se hacía más larga en vez de acortarse.

—Abuelo, cuando estemos allá arriba, ¿cómo se verá el mundo? —preguntó pensando en el contraste, tantas veces visto en imágenes, entre la luminosidad azul de la Tierra y la inmensidad oscura del cosmos.

—No tengo idea, Amy.

—¿La veremos tan pequeña que ya no nos darán ganas de volver?

—Es una posibilidad... una cuestión de percepción...

Amy se imaginó entonces planetas lejanos en los que vivían pueblos que no conocían ni el hambre ni la

guerra. Seres extraordinarios que no tendrían que sufrir tanto para vivir.

Al cabo de una hora, llegaron a la entrada. Un agente vestido completamente de rojo y con una pantalla gris en lugar de ojos les pidió los tiquetes.

Amy recordó que su abuelo, durante una rifa de la Solidaridad Social organizada en el Albergue de Mayores Sin Recursos, había ganado el privilegio de subir acompañado a la gran obra maestra de la ingeniería de todos los tiempos y admirar lo que antes se reservaba a astronautas y magnates excéntricos. Aunque allí confluyeran millones de personas cada semana, Amy sabía que su madre, con sus múltiples trabajos de medio tiempo, nunca habría podido pagarle un tiquete. Pero algo genial puede pasar cuando un viejo grita «¡Bingo!» y piensa inmediatamente en su nieta.

La decoración distinguida del hall los incomodó. Gente con esmoquin y pelucas de leopardo bebía champaña.

Amy y el abuelo fueron a su recámara, una habitación compartida entre los dueños de los tiquetes clase económica. Una gran ventana se replegaba frente a camarotes y mesas. Allá arriba, la vista debe ser una cosa colosal, pensó Amy, una vez más.

Veinte y cinco minutos más tarde, se escuchó un silbido. La ventana comenzó a girar; y el exterior, a descender.

Una voz robótica dijo entonces: «Damas y caballeros, hemos comenzado nuestro ascenso en espiral. Llegaremos a la plataforma espacial en nueve horas cuarenta y tres minutos». En las ventanas se proyectaban dibujos coloridos que traducían lo que decía el robot. Cualquiera que tuviera dificultades para entender a uno de esos antiguos profesores aburridos que hablaban y hablaban por horas, podía seguir el discurso sobre el trayecto.

La voz continuaba explicando: «Para empezar, recorreremos la troposfera a una velocidad de veinte kilómetros por hora. Allí ustedes podrán apreciar, si las condiciones son favorables, una buena parte de los continentes y los océanos. Después de lo cual, las ventanas se cerrarán para evitar el hielo y el choque de partículas. La velocidad pasará a ciento veinte kilómetros por hora».

—Esto sí que va a ser largo y tedioso —comentó un hombre con una mandíbula de plástico.

A Amy este individuo no le pareció muy simpático.

Los dibujos seguían representando las palabras del robot: «durante todo el ascenso ofreceremos una gran variedad de actividades: cócteles excitantes en el casino y piscina de gel para los niños. El Comediante Stay Estrella No-In vendrá a poner la cereza en el pastel a la hora del refrigerio. Y mucho más».

—Ese payaso... —exclamó de nuevo el hombre fastidioso de la mandíbula.

El Ascensor partió y la ciudad, una mancha larga de fragmentos grises y líneas que atravesaban puntos a toda velocidad, se hizo pequeña. Poco a poco, las nubes agazaparon el paisaje. Un mar lejano se asomaba de vez en cuando.

—Si este ascensor lo hubieran construido hace unos veinte años, podríamos ver desde aquí África, Europa y toda Norteamérica —retomó el desconocido.

—Tiene razón. Antes, el cielo era más azul —dijo el abuelo.

—Es mejor así como está, señor. Imagínenos ahora diciendo: en ese país de allá se matan con viejas metrallas... y miren este otro en manos de un nuevo dictador, un gordo más gordo que cinco cerdos juntos... y miraríamos al norte, al sur, al este, al oeste... solo catástrofes que es mejor que se queden detrás de estas nubes.

Una cortina de metal descendió por la parte exterior del vidrio y la recámara quedó por un instante en la penumbra.

—Hasta aquí el mundo que conocemos —pronunció el hombre haciendo chasquidos con su prótesis, la que parecía desencajarse por momentos—. ¡Que sigan poniendo dibujitos a ver si mi bribón aparece...!

Amy se sentía irritada. La conversación con este sujeto al que parecía caérsele la boca cada vez que pronunciaba las aes entretenía al abuelo. Quiso preguntarle a quién se refería por «mi bribón», pero se contuvo.

Unos niños en bodi-bañador y con un brazalete que les cubría todo el brazo llamaron su atención. Iban a la piscina de gel.

—Ve si quieres, Amy. Yo me quedaré aquí hablando con el caballero. No olvides en qué recámara estamos.

A Amy le sorprendió que su abuelo se sintiera tan desprendido de ella. Si se tratara de su madre, esta no la habría dejado moverse ni un metro, sobre todo en ese mundo extraño que se alejaba de la tierra y de casa. Los adultos siempre tienen miedo. No les importas si estás con ellos, pero si te alejas a ver qué hay afuera, o arriba, se desesperan, sueltan sus aparatos y, medio ciegos, salen a buscarte, a veces a gatas...

## 2

Amy caminó y no sintió que lo estuviera haciendo en círculos, como le habían dicho que podría ocurrir debido al movimiento del Ascensor. Tenía botas acolchonadas que le hacían dar pequeños saltos como si estuviera en la luna. ¿Sería en realidad un desierto gris y lleno de huecos?

Avanzó por el vestíbulo donde la gente apostaba contra su propia imagen en consolas de luz, o trataba de guardar equilibrio en los viejos toros mecánicos. Se empinó para ver lo que hacían otros alrededor de una mesa. Alcanzó a ver dos gallos de neón sacarse chispas en una batalla.

Un poco más allá, en el medio del lugar, en un inmenso acuario fosforescente, reconoció a los niños que pasaron por su recámara. Jugaban a Pingüinos Bomba. A unos, los brazaletes les hacían adquirir una velocidad de torpedo en la sustancia de gel. Si se estrellaban contra la pared de la piscina, esta los retenía por unos instantes, mientras absorbía el impacto, para hacerles rebotar suavemente. Si se estrellaban entre ellos, los cascos y el mismo gel les reducían el dolor. Los otros, con el mismo brazaletes, les disparaban y si acertaban, los dejaban encerrados en una burbuja de aire.

Amy se acercó a las escaleras que llevaban al trampolín. En ella, se encontraban el salvavidas y un niño con un extraño bastón que miraba boquiabierto la partida de Pingüinos Bomba.

—Ya te dije que te fueras a tu recámara. No te puedo dejar subir —incredulo el salvavidas apartándolo con la mano.

—Señor, ¿por qué lo trata así? —intervino Amy, indignada.

—¿Y tú quién eres?, ¿su hermana? —dijo el hombre, levantando una ceja por encima de sus lentes cromados.

—No, no lo soy... Pero, ¿por qué no lo deja nadar con los otros niños?

—Tiene que llevar brazaletes.

—Bueno. ¿Y dónde puedo conseguir uno para él?



El hombre soltó unas carcajadas, que también podían interpretarse como quejidos de pulmón.

—Eso viene con los tiquetes de primera clase. Los niños pobres como ustedes, porque veo que tampoco tú eres de primera clase, no pueden nadar en la piscina de gel. Hay una piscina de agua en el sótano, si quieren meterse en ella. Eso sí, gira como un remolino todo el tiempo, y muchos niños se han ahogado.

Perpleja, Amy tomó al niño de la mano.

—Ven. Déjalo. Pronto veremos el universo. Debe ser más bonito que esta piscina de gel.

—Ya he visto antes el universo —respondió el niño—. Mi mentor me ha traído varias veces. Ahora solo quiero jugar a Pingüinos Bomba.

—¿Y si vamos a ver esa piscina donde se han ahogado tantos niños?

—Son mentiras del salvavidas. Siempre dice lo mismo para asustarme.

—¿Por qué haría eso?

—Mi mentor dice que todos los trabajadores de este ascensor son gente mala.

Amy miró a su alrededor la gente que se divertía. Bebían y reían con sus pelucas y máscaras de animales ya extintos. En medio de ellos, otros hombres y mujeres, con su uniforme rojo y lentes cromados, vigilaban a que todo estuviera en orden, a que las consolas no muestra-

ran los verdaderos defectos de los jugadores, a que los toros no perdieran ninguna pieza en su agitación, a que hubiera un gallo vencedor y otro vencido que terminara por desvanecerse.

La niña suspiró. Pensó de nuevo en sus extraterrestres imaginarios, en un mundo más equitativo. Incluso en las diversiones.

De repente, todos los niños del Pingüino Bomba bajaron corriendo.

—¡Salvavidas! ¿Es verdad que hay una piscina de agua en donde se ahogan los niños?

El empleado quedó sin palabras al verse rodeado de brazaletes que le apuntaban.

—¡Ya nos aburrimos de esta piscina de gel en donde no nos pasa nada! ¡Vamos a la piscina que es como un remolino!

Echaron a correr.

—¡Yo también voy! —exclamó el niño del bastón, saliendo tras ellos.

Amy se extrañó al ver que el niño podía correr.

—¡Espera! —gritó finalmente y comenzó a dar saltos largos con sus botas abullonadas, ese regalo que había recibido del abuelo en la última navidad en que pudo celebrar junto a él y su madre. Luego, las siguientes navidades las pasaría sola, mirando la única estrella visible por la ventana de su cuarto. Su madre tenía que traba-

jar haciendo aseo en un hospital y el Albergue quedaba tan lejos que era imposible para Amy llegar hasta allí y poder disfrutar de la compañía de ese anciano que, ante cualquier enigma que ella le planteara, respondía: «todo es cuestión de percepción».

### 3

Sin darse cuenta estaba saltando en medio de un bosque de verdes intensos. Los niños se habían detenido y se divertían atravesando de un lado a otro los árboles sin materia. Amy hizo lo mismo. Se puso al pie de un gran roble y dio un paso adelante. Desde el interior del árbol, el exterior perdía un poco de brillo, como si se viera el mundo por los hilos de una manta. Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Salió del árbol, entristecida.

Todo lo que observaba, los prados que parecían alfombras de lentejuelas, los cervatillos al galope que se detenían en un claroscuro para echar un vistazo, el canto de los pájaros y de un río cercano, todo era producto de las máquinas. Se preguntó si también eran dibujos lo que había podido ver por la ventana de la recámara, la ciudad, el océano, las nubes. Le angustiaba estar dentro de un edificio que no estuviera subiendo realmente hacia el espacio. Un edificio que daba vueltas sobre sí mismo, sin elevarse ni un solo metro y que engañaba con imágenes. Su cosmos infinito, sublime, sería una película más de las tantas que ya había visto. Sus ojos se llenaron de lágrimas.